

miga, la segunda entraba en Tetela del Oro, no sin tener tambien bastantes bajas. La tercera columna fué mas desgraciada: habiendo penetrado en un espeso bosque, allí fué cercada, derrotada y obligada á rendirse, sucumbiendo toda la fuerza que la componia, y cayendo toda su artillería y fusiles en manos de los vencedores. En estas funciones de armas debe haberse distinguido el valiente indígena Francisco Lúcas, recien ascendido á general. Las fuerzas republicanas de aquellos contornos habian ocupado posiciones inexpugnables, desde las cuales se hablarán de los esfuerzos impotentes de los austriacos.

Desgraciados estos por lo general en sus empresas, lo mismo que sus compañeros los belgas, sufrieron otro descalabro en Ahuacatlan, donde acabó una partida que habian mandado á las órdenes de un capitan. Con motivo de haber fusilado los vencedores á un oficial y diez y siete soldados traidores que cayeron prisioneros, los periódicos de México han manifestado la mayor indignacion contra semejante acto, queriéndolo presentar como un completo contraste con la clemencia de Maximiliano. Se necesita positivo descaro para expresarse en tales términos, cuando con tanta abundancia ha corrido en los patíbulos la sangre de los mexicanos que defienden su independencia. Los innumerables asesinatos, cometidos dia á dia en toda la república por las cortes marciales francesas, autorizadas por el titulado soberano de México para el desempeño de esa mision horrible, bien alto proclaman cuán inaudita y magnánima es la clemencia del monarca usurpador, que así dispone de la vida de los que no quieren ser sus súbditos.

Los sinsabores de los austriacos se han aumentado, con otros incidentes poco agradables para ellos. Zongolica se ha pronunciado por la causa republicana; y la proximidad

de esa poblacion á Orizava amenaza al comercio de Veracruz á México con frecuentes interrupciones, á la vez que la facilidad de ponerse de acuerdo con los gefes que mandan en toda la línea que se extiende hasta Guerrero, da grande importancia á un movimiento, no aislado y sin ramificaciones, sino de importantes consecuencias para el porvenir.

El general Figueroa y el coronel Diaz tomaron á Tehuacan, haciendo prisionera la guarnicion austriaca que allí habia, y apoderándose del material de guerra que encontraron. Impusieron un préstamo forzoso para proporcionarse los recursos necesarios, y abandonaron en seguida la ciudad, que no conservaron por no ser punto estratégico, y en la que solo se habian propuesto dar un buen golpe de mano, como lo hicieron.

El Estado de Michoacan no desmiente la alta y merecida fama que ha alcanzado ya en la presente contienda. Allí es donde han ocurrido los acontecimientos mas importantes de estos últimos meses. A los pocos dias del combate de Huaniqueo, en que dió Potier por destruido al ejército republicano del centro, avanzó su gefe el general Arteaga, con las divisiones de los generales Riva Palacio y Régules, sobre la villa de Uruapam, la cual tomó á viva fuerza, despues de mas de veintidos horas de fuego. Se distinguieron en el ataque los gefes y oficiales prisioneros de Puebla, recien llegados del extranjero, é incorporados ya en las filas de los independientes. La parte de la guarnicion que no murió en la defensa de la plaza, cayó prisionera, con sus armas y pertrechos de guerra. El coronel Lémus y el subprefecto Paz fueron fusilados.

A la vez que se alcanzaba este triunfo, lograba otro el general Pueblita en el pueblo de los Reyes, al cual se dirigió despues de haber emprendido un ataque infructuoso so-

bre el Valle de Santiago. No habiendo recibido á tiempo la noticia de que el general Arteaga habia evacuado á Uruapan, luego que se proporcionó allí los recursos necesarios, entró Pueblita en aquella poblacion, á la que llegó á poco una columna francesa, mandada por el coronel Clinchant, la cual habia venido desde Guanajuato á reforzar á las fatigadas fuerzas imperialistas de Michoacan. Sorprendido el general Pueblita, dispersada la pequeña escolta que lo acompañaba, se escondió en una casa, y habiendo sido denunciado, fué atacado en ella y murió, vendiendo cara su vida. Constante defensor de la independencia y de la libertad de su patria, terminó su carrera de una manera gloriosa.

Casi al mes de ocurridos estos sucesos, volvió á haber en Tacámbaro, entre belgas y mexicanos, un combate en que se han jactado los primeros de haber vengado la derrota que sus compatriotas sufrieron allí. En el parte que de esta accion ha dado al mariscal Bazaine el coronel Vander-Smissen, asegura que desbarató la fuerza del general Arteaga, computada en mas de 3,000 hombres, causándole una pérdida de 500, y quitándole su artillería y trenes. Aun suponiendo exacta esta relacion, quedaria bien comprobado que se habian salvado del descalabro 2,500 soldados de los nuestros, con los cuales, unidos á todos los demas que no tomaron parte en el combate, hay sobrado para seguir disputando á los invasores el importante Estado de Michoacan. Pero la verdad es, que no entró en combate por nuestro lado, sino una parte de la 1.^a division: que la pérdida fué menor de lo que se supone; y que bien pronto darán al enemigo el ejército del centro y su gefe el general Arteaga, pruebas inequívocas de que no han dejado de existir.

En Michoacan no se emplean ya tropas traidoras, desde que se pasaron con Arteaga dos regimientos del ejército

imperial, de guarnicion uno en Ario y otro en Leon, y desde que se supo que le ofrecian sus servicios varios gefes mexicanos, procedentes de puntos ocupados por los franceses.

En los tres distritos del Estado de México, así como en el de Querétaro, pululan las guerrillas independientes, de las que algunas suelen acercarse hasta las puertas mismas de la capital. Todo esfuerzo es impotente para acabar con ellas; y allí, como en todo el resto del país, cansan la paciencia de los extranjeros, desesperados con esa guerra interminable, en la que su disciplina y su estrategia acaban por no servirles de nada. El país sufre naturalmente con las devastaciones causadas por los guerrilleros; pero defendiendo estos la causa de la patria, el ódio nacional, lo mismo que el de los particulares perjudicados en sus intereses, debe recaer sobre el ejército invasor, verdadero autor de todas las plagas de la guerra, interminables mientras su presencia las esté fomentando.

Las armas republicanas obtuvieron un triunfo importante en la Huasteca, donde el coronel reaccionario Larrañaga perdió toda la fuerza que llevaba á sus órdenes, escapándose personalmente con solo tres soldados. La pacificacion que se daba allí por segura, en virtud de haberse sometido algunas de las personas más influentes de aquella comarca, ha sido tan vana y tan efímera, como las que tantas veces se han lisonjeado los intervencionistas de haber efectuado en el resto de la república. El fuego apagado vuelve á encenderse con facilidad en todas partes: los territorios sometidos por la fuerza, vuelven á sublevarse en la primera oportunidad; y los invasores encuentran siempre al frente, á su retaguardia, por ambos costados, el germen renaciente é indestructible de la resistencia nacional.

Para relatar lo acontecido en otros Estados de la república, necesitamos recordar la distribución que hizo de sus fuerzas el general Negrete, cuando resolvió retirarse de la Angostura.

La división que entonces se puso á las órdenes del general Escobedo, tomó la iniciativa sobre el enemigo, avanzando para el Estado de San Luis. Cerca de Matehuala tuvo un encuentro con los franceses, en el que pereció el jefe que los mandaba. No fué atacada aquella población, por estar muy fuertemente guarnecida. Escobedo se dirigió á los distritos de Guadalcázar y Rioverde, los ocupó, y permaneció en ellos el tiempo necesario para aumentar y vestir su fuerza. Habiendo emprendido en seguida un movimiento sobre la ciudad de San Luis, cabalmente en los momentos en que salían de allí para atacarlo los franceses reforzados, esta coincidencia de operaciones dió lugar á varios encuentros, de uno de los cuales puso un pomposo parte el coronel Lafaille, convirtiendo un suceso insignificante en una derrota formal. Ese combate fué una escaramuza con la retaguardia de nuestras fuerzas, de resultados bien mezquinos indudablemente. Otro tanto sucedió en las demás funciones de armas que hubo, siendo el desenlace de todo que el general mexicano, aunque rodeado por fuerzas superiores, ejecutó una hábil retirada para el Estado de Nuevo-Leon, con pérdidas escasísimas.

En el nuevo teatro de sus operaciones, no ha tardado en dar golpes importantes á los imperialistas. El general Albino Espinosa, cuartel-maestre de su división, atacó el 16 de Agosto, con la 1.^a brigada de Tamaulipas de los coroneles Canales y Cerda, y la 2.^a de Nuevo-Leon del coronel Naranjo, á 900 hombres de Mejía, mandados por el jefe reaccionario Tijerina. La acción fué en el Paso de las Ca-

bras, á la márgen izquierda del rio de San Juan. Después de seis horas de un vivísimo fuego, el enemigo derrotado se puso en fuga, dejando en poder de los vencedores carruajes, víveres, armas y otros pertrechos de guerra, y teniendo entre muertos, heridos y prisioneros, bajas muy considerables.

Otra parte de la división Escobedo, á las órdenes del general Lorenzo Vega, tomó el 21 del mismo mes de Agosto la plaza de Catorce, después de arrollar completamente á la guarnición traidora, compuesta de 200 hombres, que intentó disputar el paso. Consistió el botín en cien fusiles, once cajas de parque y dos de guerra. El comercio proporcionó 18,000 pesos para las atenciones de la fuerza vencedora.

El general Pedro Mendez tomó también la ciudad de Tula de Tamaulipas, derrotando previamente á la fuerza salida de ella para atacarlo, y ha conservado esa y otras poblaciones importantes, desde las cuales tiene en constante jaque á la guarnición de Tampico, no permitiéndole salir de aquel puerto con impunidad. Cortada así su comunicación con el interior, el comercio está sufriendo graves perjuicios, con motivo de los cuales ha solicitado el envío de refuerzos, que parece se van á mandar en efecto, tomándolos de las fuerzas existentes en Yucatan, donde tampoco han hecho los imperialistas nada de provecho.

Otra de las divisiones segregadas del ejército expedicionario del general Negrete, quedó á las órdenes del general D. Juan N. Cortina, para seguir operando en el Estado de Tamaulipas. Cortina, y en su compañía el general D. Pedro Hinojosa, han estado en continua fatiga, teniendo con frecuencia reñidos encuentros con las tropas salidas de Matamoros, bajo el mando de los jefes reaccionarios Olvera y

López. En Camargo, en el Rancho del Brasil, á lo largo del Rio Bravo, en el camino de Matamoros á Monterey, han estado luchando con éxito vario ambas fuerzas beligerantes. Las nuestras están casi siempre en las inmediaciones del puerto en que tiene Mejía su cuartel general. Todos sus esfuerzos para acabar con los soldados independientes, ó para restablecer al ménos las comunicaciones entre los Estados comprendidos en la demarcacion de su mando, han sido infructuosos hasta ahora.

En Matamoros existia, á mas de la division Mejía, la fuerza francesa mandada allí, desde que Negrete amenazaba el puerto. El contacto en que está con los soldados norteamericanos de la otra banda del rio, animados de sentimientos bien hostiles á la causa intervencionista, dió ya lugar naturalmente á conflictos, que deben ir siendo mas frecuentes cada dia. Con ocasion de haber hecho fuego un centinela americano sobre dos oficiales franceses que no respondieron al "quién vive" que les dió, el gefe frances Briant dirigió al general Brown, comandante de Brownsville, una reclamacion que no fué contestada. Picado Briant en su amor propio, puso á Brown una segunda nota, altanera y destemplada, de la que tampoco recibió respuesta. Para evitar complicaciones, Bazaine mandó á Monterey á toda la fuerza francesa y destituyó á Briant.

Habiendo vendido los confederados unas piezas de artillería á D. Tomás Mejía, las reclamaron los unionistas como cosa de su propiedad, y el general reaccionario se las devolvió humildemente. Para evitar una relacion mas directa con sus incómodos vecinos, ha prohibido el mismo Mejía el paso del rio, á no ser con pasaporte, y ha tomado otras precauciones, que bien denotan su falta de tranquilidad. Entre las fuerzas de una y otra orilla, se guardan to-

avía las apariencias de cortesía, por no estarse aún en el caso de que aparezcan los norteamericanos faltando á las leyes de neutralidad; pero la creencia y el deseo general de los soldados de Sheridan, es de que pronto atravesarán el Rio Bravo para combatir á los franceses y á sus auxiliares. Los gefes y oficiales de Brownsville están estudiando constantemente el mapa de la república mexicana, para conocer bien el teatro de sus próximas operaciones.

El general Negrete, con la seccion que se reservó, llegó á la villa de Santa Rosalía, del Estado de Chihuahua, despues de haber atravesado sin novedad el desierto de Jaco. La grande escasez en que estaba el gobierno de recursos pecuniarios, no permitió que se conservara íntegra esa fuerza, y lista para que tomara de nuevo la iniciativa, ó para resistir en masa á la invasion del enemigo, en caso de que llegara á efectuarla, como sucedió. Resolvióse por el motivo expresado dividir en tres porciones la referida fuerza. Con una se formó una brigada, al mando del general Aguirre, la cual regresó para Coahuila. Otra marchó á la capital del Estado de Chihuahua, residencia todavía entonces de la autoridad suprema. La última se dirigió á la ciudad de Hidalgo del Parral, en el mismo Estado, para incorporarse con la tropa que estaba allí en observacion del enemigo.

Nada entretanto habia ocurrido en Durango, digno de especial mencion. La plaza de Santiago Papasquiuro, sobre la que habian marchado en combinacion los generales Pátoni, Carbajal y Corona, no llegó á ser atacada, por no haberse puesto de acuerdo esos gefes en cuanto al modo de practicarlo. Habiéndose retirado en consecuencia hasta el límite de los dos Estados de Durango y Chihuahua, permanecieron allí por algun tiempo, al cabo del cual se dirigió Corona de nuevo para el Estado de Sinaloa, teatro de sus

anteriores hazañas. Patoni ha quedado reponiendo sus fuerzas, considerablemente aumentadas ya con el refuerzo que últimamente ha recibido, para emprender bien pronto nuevas operaciones sobre el enemigo extranjero.

Las discordias que habian asomado en Sinaloa entre los generales Rosales y Rubí, por considerarse ambos con derecho al gobierno del Estado, desaparecieron felizmente, luego que movió su patriotismo la proximidad de luchas mas gloriosas con el invasor. Al recibirse la noticia de que iba á marchar sobre Alamos una columna francesa, desembarcada á no larga distancia de aquella ciudad, la armonía se restableció desde luego, conviniéndose en que Rubí quedara en Culiacan, disponiéndose á recibir dignamente á los franceses, y en que Rosales auxiliara á Alamos con la brigada de su mando. Hízolo así en efecto, y la poblacion se salvó, por no haberse atrevido á atacarla los que la amenazaban.

Como entendemos que el plan de Bazaine fué invadir simultáneamente los tres Estados de Chihuahua, Sonora y Sinaloa, conjeturamos que sobre el último habrá avanzado alguna expedicion francesa, como sabemos ha sucedido respecto de los otros dos. En el caso supuesto, no dudamos que la fuerza expedicionaria encontrará allí una vigorosa resistencia, no solo por parte de Rubí, sino tambien por la de Corona, que debe haber llegado á tiempo para tomar parte en las nuevas operaciones de aquel rumbo.

Los acontecimientos en Sonora nos han sido desfavorables. Las intrigas del traidor Gándara lograron al fin provocar una sublevacion en las tribus del Mayo y del Yaqui. Para sofocarla, hubo necesidad de emplear las fuerzas destinadas anteriormente á vigilar al enemigo extranjero. El general D. Jesus García Morales, sitiado en Ures por casi

todas las fuerzas de los traidores, rompió el sitio y logró ponerlas en completa derrota; pero tal ventaja no impidió las consecuencias naturales del desconcierto anterior. Los franceses pudieron avanzar de Guaymas sin obstáculo, y apoderarse de las ciudades de Ures y de Hermosillo. Los generales Pesqueira y García Morales tuvieron que cederles el campo, perdiéndose casi todo el Estado para la causa nacional. Con todo, es de creerse que los sonorenses no tardarán en dar pruebas de que están animados del mismo espíritu que el resto de la república. Belicosos y esforzados por naturaleza, tienen ahora una brillante oportunidad de desplegar estas cualidades en la lucha con el extranjero.

La expedicion tantas veces anunciada sobre Chihuahua, se realizó al fin al terminar el mes de Julio, avanzando sobre el Estado el general Brincourt con una fuerza de cerca de 2,000 hombres, tras de la cual se anunciaba que venia con otra mayor el general Castagny. Las tropas mexicanas, que se encontraban en Hidalgo á las órdenes del general D. Manuel Ruiz, comandante militar de aquella línea, se retiraron por orden del gobierno, con direccion á la capital. Las lluvias que sin cesar habian estado cayendo durante muchos dias, habian hecho crecer considerablemente los rios del tránsito, dificultando su paso. El del Conchos se efectuó ordenadamente en Santa Rosalía, á la vista del enemigo. No pudo atravesarse de pronto el de San Pedro, por ser muy pendiente y no haber vado por ninguna parte; y por no tenerse tampoco canoas disponibles. Fué indispensable por lo mismo inutilizar la artillería pesada, para no abandonarla en buen estado de servicio. Despues de algunos dias pudieron pasar los cuerpos 1º y 3º de Chihuahua, que siguieron para la capital bajo el mando del general Ruiz, organizándose con la brigada llamada de los "Supremos Po-

deres," una seccion móvil, al frente de la cual se puso el general D. Agustin Villagra, para operar donde lo indicaran las circunstancias.

La proximidad de los franceses obligó á salir de Chihuahua, el 5 de Agosto, al presidente de la república, acompañado de los ministros de relaciones y gobernacion, y de justicia y hacienda. El general Negrete se habia separado desde ántes del ministerio de la guerra. En Chihuahua quedó el general Ojinaga, que acababa de ser nombrado gobernador del Estado. Se le dejaron todas las fuerzas disponibles, siendo no mas una pequeña escolta la que acompañó al supremo gobierno, en union de los empleados que han tenido la dignidad de conservarse fieles á sus deberes en tan críticas circunstancias, y de algunos gefes y oficiales sueltos, que se encuentran en el mismo caso.

La brigada de los "Supremos Poderes" se aproximó á la ciudad de Hidalgo del Parral, donde habia una corta guarnicion francesa de 70 á 80 hombres. Desprendiéndose 200 de los que formaban nuestra fuerza, penetraron en la poblacion en la madrugada del 8 de Agosto, sin ser sentidos por el enemigo, al que sorprendieron en el cuartel donde se encontraba. Este incidente prueba que ni los que se titulan los primeros soldados del mundo, dejan de tener los descuidos que tanto nos echan en cara á nosotros. No obstante la sorpresa, los franceses se defendieron en el cuartel con el arroyo que les es genial. Al cabo de cuatro horas de fuego tuvieron que sucumbir, habiendo muerto casi todos sus oficiales y varios de los soldados, de los que 20 quedaron heridos y 24 prisioneros. El triunfo alcanzado nos costó bien caro, por haber sucumbido en el ataque el general D. Pedro Meoqui, persiguiendo á tres franceses, de los que mató á uno, hirió á otro, y recibió la muerte del tercero.

Meoqui era un gefe jóven, leal y decidido por la causa de la independenciam. De coronel del 2º de Guanajuato concurrió al asalto de Morelia en Diciembre de 1863, y á otras acciones dadas en aquel rumbo, distinguiéndose especialmente en la del fuerte de San Gregorio. Llegado despues á Monterey con el coronel Rincon Gallardo, su cuerpo fué el que resistió el ataque de los quiroguistas, allí y en Santa Catarina, cuando el gobierno salió de aquella capital. Le sirvió de escolta en el camino hasta Chihuahua, dando repetidas pruebas de fidelidad y abnegacion. Meoqui acababa de ser ascendido á general, cuando sacrificó su vida por la patria. Su nombre figura dignamente en el ya largo martirologio de nuestros héroes.

El gobernador Ojinaga permaneció en Chihuahua hasta el 10 de Agosto, fecha en que salió para Ciudad Guerrero con las fuerzas de su mando. Al llegar á aquella cabecera, tuvo necesidad de disponer que se hiciera efectivo en el canton el cobro de unos rezagos de contribuciones. Los causantes que se habian manifestado renuentes á pagarlas desde que se establecieron, y á quienes habia sido ya preciso reducir al órden por la fuerza, por haber llevado su osadía hasta el punto de sublevarse, no solamente no agradecieron la consideracion con que habian sido tratados por las autoridades, sino que viendo propicia la ocasion para eximirse del pago pendiente, con el apoyo de los franceses, se rebelaron de nuevo, é hicieron armas contra el gobierno del Estado. Una fuerza de 100 hombres que se mandó con el teniente coronel D. Rafael Platon Sanchez, para sujetarlos á la obediencia de las leyes, fué seducida por los sublevados, contra los que se negó á batirse, y dispersándose, entregó á sus gefes y oficiales. Los rebeldes marcharon entónces sobre Ciudad Guerrero, de donde tuvo que salir el gobernador con la

poca tropa que le quedaba. Su valor no le permitió ponerse en salvo personalmente, como con facilidad habría podido hacerlo. Atacado en Arisiachic, cuando se encontraba solo, se defendió enérgicamente, aprovechando algunos tiros de su pistola; pero cayó víctima de su arrojo, herido por una bala que se le disparó por detras, y no tardó en morir.

Ojinaga, jóven valiente como Meoqui, ha perecido tambien defendiendo la causa nacional. Cuando el general Patoni organizó en Chihuahua la fuerza con que salió para Durango, Ojinaga marchó en su compañía, mandando á los chihuahuenses que iban á la campaña, de los cuales era sobremanera estimado. En la batalla de Majoma dió relevantes pruebas de intrepidez y pundonor. En la expedicion mandada por el general Negrete, anduvo al frente del primer batallon de Chihuahua, y siempre mereció el aprecio de todos por su buena conducta. Aceptó el gobierno del Estado en los momentos mas críticos, por solo un deber de patriotismo. Su muerte ha coronado gloriosamente tan breve y meritoria carrera.

Los franceses entraron en la ciudad de Chihuahua, en los dias 13 y 14 de Agosto. La poblacion los recibió con la mayor frialdad, habiendo sucedido lo mismo en todas las demas del Estado. El general Brincourt, sumamente disgustado por este motivo, cambió el tono meloso de una proclama que traia impresa desde Durango, en los mas violentos desahogos contra los que cometian el imperdonable delito de no ser afrancesados. En seguida expidió un decreto, declarando al Estado en sitio; concediendo á los ministros, consejeros y funcionarios del "ex-presidente Juarez," y á sus generales, gefes, oficiales y soldados, un plazo contado hasta el 1º de Octubre, para someterse á la intervencion, en cuyo caso se les proporcionarian salvo-conductos y so-

corros; y amenazando á los recalcitrantes con perseguirlos hasta el último trance y consignarlos como rebeldes, si son aprehendidos, á los tribunales militares.

Los habitantes de la capital, con muy contadas excepciones, han seguido demostrando el pesar con que se ven dominados por los intrusos extranjeros. Las familias se abstienen de recibirlos, de tratarlos, de concurrir á sus diversiones.

Reservando Brincourt á Maximiliano el nombramiento de prefecto político, dispuso que se celebraran las elecciones de prefecto municipal, alcaldes y regidores. Todos los buenos ciudadanos dejaron de concurrir á la farsa de la votacion. Los pocos afrancesados que la hicieron, se dividieron en dos bandos. Para prefecto resultó nombrado D. Tomás Zuloaga, que habia hecho, durante la permanencia del gobierno en Chihuahua, mil protestas de su ódio á la intervencion. Los demas puestos han sido ocupados por personas de ningun valimiento social.

Para la celebracion del 16 de Setiembre nombró Zuloaga una junta, cuyo programa cambió Brincourt á su antojo. Los gastos de la funcion se hicieron, de orden general, por él mismo, por D. José Cordero, y por D. Domingo Leguinazábal (español). La solemnidad se redujo á un Te Deum cantado por el padre Terrazas, quien se considera con satisfaccion como el capellan de los franceses, y á una revista de estos. La concurrencia á tales actos fué de solo los ayudantes de Brincourt, y el ayuntamiento traidor.

Formó contraste con esa celebracion de la independecia por los extranjeros que han venido á destruirla, la de los mexicanos verdaderamente patriotas. Varios jóvenes, reunidos por D. Jesus Escobar y Armendáriz, dispusieron que se dijera una misa rezada en la capilla de San Francisco,

donde fueron sepultados en 1811 el inmortal Hidalgo y sus ilustres compañeros. Dijo la misa el cura D. José de la Luz Corral, y concurrieron á ella varias familia vestidas de luto. En la capilla no habia mas adorno que la bandera nacional á media asta y cubierta con crespon negro, colocada al lado derecho del altar.

Al medio dia volvieron á reunirse los mismos jóvenes para una comida de duelo, y hubo brindis entusiastas y patrióticos; pero sabedor Brincourt de lo que pasaba, dió orden al juez-esbirro D. Luz Bustamante, para que fuera á aprehenderlos. Llevados á la cárcel pública, los pusieron incommunicados en calabozos inmundos, sujetándolos á toda clase de privaciones. A los ocho dias fueron sentenciados por Brincourt al pago de fuertes multas, que su pobreza no les hubiera permitido cubrir, si no les hubieran proporcionado su importe algunos amigos, para evitarles nuevas y horribles vejaciones. Al distinguido patriota D. Jesus Escobar se le impuso la pena especial de un mes de trabajos públicos, sin remision alguna.

Este nuevo atentado de la vandálica *justicia francesa*, se convirtió para su indefensa víctima, en una serie de ovaciones. Al sacar á Escobar, con los presos de la cárcel, á barrer las calles, los hombres lo saludaban y abrazaban, las señoras y las niñas arrojaban flores á sus piés y le presentaban ramilletes. Reconvenidas por los esbirros franceses, contestaron que eran libres para agasajar á quien lo merecia. Lleno de ira Brincourt por estas demostraciones, ordenó que no se contaran al joven patriota, para la extincion de su condena, los dias en que las siguiera recibiendo. Solo así logró que no se desarrollaran en mayor escala. En casos semejantes, las penas infaman á los que las imponen, no á los que las reciben.

La civilizacion francesa ha dado en Chihuahua otro testimonio de su grandeza, haciendo volver á la ciudad á las señoras del general Negrete y del Lic. Palacios, que iban á reunirse con sus maridos; apeándolas y registrándolas, para averiguar si llevaban armas ó papeles; deteniéndolas muchos dias; poniendo en la cárcel á los que las acompañaban.

Rasgos como los reseñados, unidos á tantos otros de que dia por dia está siendo todo México testigo y víctima, revelan cuán inapreciables son los beneficios que debemos á la intervencion francesa.

El gobierno supremo llegó el 14 de Agosto á esta villa, donde ha fijado por ahora su residencia. Los vecinos de la poblacion se han esmerado en prodigarle toda clase de agasajos y consideraciones. Otro tanto han hecho los gefes y oficiales de la guarnicion de Franklin, animados, como todos sus compatriotas, de la mas viva adhesion á la causa de la república mexicana, y del mas profundo respeto á la persona de su presidente.

Nada particular ha ocurrido aquí desde la llegada del gobierno. El único incidente que merece especial mencion, es el de la celebracion de las fiestas cívicas, en las que ha habido cuanto esplendor y entusiasmo podia esperarse de los que las han conmemorado en este lugar. El discurso de la noche del 15 de Setiembre fué pronunciado por el Lic. D. Pablo Miranda, quien dejó complacido á su auditorio con la sencilla y patriótica expresion de sus sentimientos de buen mexicano. El administrador general de correos, D. Guillermo Prieto, pronunció en la tarde del 16 una oracion, poética, entusiasta y vehemente, como todas sus obras. De los pueblos de las inmediaciones vino casi la totalidad de sus habitantes á tomar parte en el regocijo nacional, asociado hoy con la amargura de las calamidades de una invasion,

que vuelve á poner en peligro esa independencia, tan cara para todo corazón bien formado.

En lo que á nosotros concierne, en esta vez como hace un año, hemos dado mayor precio á una conmemoración celebrada con sinceridad patriótica, aunque sin fausto ni ostentación. En nuestra niñez, la celebración de los aniversarios de la independencia nacional fué una de las primeras emociones de la vida, en la que ha dejado recuerdos indelebles. Aquel sentimiento poético se ha conservado en toda su pureza, en medio de las vicisitudes de los tiempos y de las circunstancias. Hoy que el peligro de la patria realza el mérito del bien que tanto nos ha halagado siempre, es más ardiente que nunca nuestro deseo de que la bandera que abrigó la cuna del niño, abrigue también el sepulcro del anciano.

Que así sucederá, dan lugar á esperarlo los acontecimientos de que estamos siendo testigos. La situación actual del supremo gobierno es ciertamente comprometida y difícil, y sería puerilidad negarlo. Sus recursos son escasos: la invasión extranjera lo ha arrojado, de lugar en lugar, hasta el último extremo de la república. Pero la causa de la independencia cuenta todavía con numerosos y decididos defensores: la suerte de las armas, adversa en unas partes, nos sonríe en otras; y la situación del imperio de Maximiliano es cada día más crítica é insostenible. La presente contienda es de aquellas en que se llegaría al triunfo definitivo, aun cuando fuese á fuerza de derrotas, bastando la simple prolongación de la lucha para tener plena seguridad de alcanzar ese resultado.

La prolongación de la lucha está ya bien comprobada con su larga duración de cerca de cuatro años, en los que paso á paso la hemos venido siguiendo en la serie de nuestras

revistas. Comenzadas en México, continuadas en todos los descansos de una dilatada peregrinación, las reanudamos hoy, y nos proponemos seguirlas, adonde quiera nos lleve el viento propicio de la fortuna, ó el vendaval de la adversidad. Escribimos la presente, á 500 leguas de la antigua capital de la república; rodeados del desierto por todas partes; á orillas del río, que en el espacio de centenares de leguas, regaba por ambas márgenes, no ha veinte años todavía, territorio siempre mexicano. La escribimos errantes, casi proscritos, entre peligros y calamidades. Y la escribimos, sin embargo, con pulso sereno y conciencia tranquila, porque no hemos perdido la fé en la causa que sostenemos; y porque aun cuando se tratara de una causa desesperada, sería siempre el orgullo de los días que nos quedasen de vida, haberla defendido en los momentos supremos de su infortunio y de su extinción. ¡Dios la proteja! ¡Dios la salve!